

MOVILIDAD HUMANA desafío y oportunidad para la Iglesia discípula misionera...

Catequesis 1

 "SOY MISIÓN, SOMOS MISIÓN"

"Soy una Misión en esta tierra, para esto estoy en el mundo" Papa Francisco

OMP Uruguay



LA MOVILIDAD HUMANA desafío y oportunidad para la Iglesia discípula misionera

TIEMPO DE CUARESMA – CATEQUESIS

INTRODUCCIÓN

Un tiempo cuya fuerza está en el llamado a la conversión, como experiencia del amor misericordioso de Dios hacia nosotros, capaz de regenerarnos a través del misterio pascual, se vuelve una oportunidad propicia para lanzarnos a la reflexión y el aprendizaje, proponemos aquí un camino de escucha de la Palabra y de contemplación serena de la realidad para renovarnos en el espíritu misionero. Es fundamental, no perder de vista el binomio: discípulo – misionero, pues esta es la auto comprensión que hacemos de nosotros mismos, estas dos expresiones inseparables imprimen la dinámica apropiada a la vida del bautizado.

Al comenzar la cuaresma la Iglesia nos invita a fortalecer tres experiencias esenciales a la espiritualidad cristiana: el ayuno, la oración y las buenas obras.

Tomaremos estas tres experiencias como el eje transversal de nuestras catequesis, es decir el lente con el cual mirar y atender a cada propuesta.

El modelo que aquí presentamos podrá ser luego adaptado para aprovecharlo con grupos de diferente composición.

Ayuno. Entendemos éste como una herramienta para acercarnos a Dios, a su corazón, a su Palabra; tantas cosas nos entretienen, nos distraen, que es necesario volver a elegir a Dios, despojarnos de ciertos hábitos, vicios, alimentos, acciones... para experimentar la libertad de los hijos de Dios. Lejos está de ser solamente una propuesta ritual hueca, es decir, un cambio de alimentación sellado por una tradición individualista que solo nos lleva a cambiar carne por pescado, u otras especies... el ayuno debe tocar la hondura del espíritu, debe ser verdadero camino de libertad interior. Pero aún más, el camino para reencontrarnos con Dios, pasa por el encuentro con el hermano, entonces ¿puede haber verdadero ayuno sin que la renuncia la ascesis

despierte amor y compromiso con la vida de quien está a mi lado? La respuesta es simple y directa: no se puede amar a Dios sin amar al hermano.

“Es tiempo de cuaresma, tiempo de prepararse para el acontecimiento central del cristianismo: la Pascua. Prepararse, en efecto, como se hace para una fiesta o un encuentro importante. En suma, hay que ponerla misma pasión y la misma dedicación, atención y deseo, en este caso multiplicando claramente todo por Dios. Se trata, pues, de una hermosa ocasión hecha de cuarenta días intensos para vivir con la atención puesta en la oración, el ayuno y las buenas obras. ¿Difícil? Ciertamente no fácil pero, ¿por qué no creer que sea “feliz”?

Basilio Magno, Homilía sobre el ayuno, 8.

Oración. Comúnmente hacemos oración, reservamos algunos espacios en cada jornada para orar, pero la cuaresma es un tiempo propicio para intensificar no solo en cantidad, sino en calidad nuestra oración, personal y comunitaria. En esa conversación fraterna con Dios ponemos en sus manos la vida nuestra y le pedimos nos ayude a mirar la realidad con su mirada; llegamos con el corazón agobiado y desconcertado y nos vamos con el corazón inquieto y sereno a la vez, porque quien con Dios se encuentra en la oración, desborda luego en un amor implacable que provoca la apertura, la solidaridad, el compromiso, no como acciones aisladas y socialmente buenas y reconocidas, sino como expresión del sentido más hondo de la fe en Jesús.

“Orar es tender una mano hacia el infinito. Es un diálogo amoroso entre nuestra pobreza y la grandeza de Dios en el que nuestras pobres palabras, el silencio, el abandono, la meditación, se subliman y llegan al cielo. Dios no retirará jamás la mano cuando nos dirijamos a él con corazón sincero, con nuestros límites, con nuestro camino de fe”. Orígenes, La oración, 33,1.

Las buenas obras. Ya señalamos, al hablar del ayuno, cuán importante es el vínculo ayuno-hermano, es decir, que si la experiencia personal de ayuno se agota en una gratificación espiritual individual, poco tiene que ver con el verdadero camino cuaresmal. La libertad que nos facilita experimenta el primero, debe abrirnos con alegría y generosidad a la vivencia simple, directa y concreta de renovar la amistad con los hermanos, y se trata de una amistad expresada en actitudes, acciones, gestos bien concretos, vividos en gratuidad y alegría, sin intereses ni condiciones.

“La caridad no es otra cosa que amor recibido y a su vez dado. Basta mirar alrededor de sí para ver las necesidades del mundo, de nuestra ciudad, de quien está a nuestro lado. Muchos, cercanos y lejanos, están en espera de que alguien se incline hacia ellos, que una mano tendida les ayude a levantarse nuevamente. Esa mano puede ser la mía, ¡pero puede ser la tuya!”.

Gregorio Nacianceno, El amor a los pobres, 36,39-40

CATEQUESIS 1. EL ESPÍRITU NOS LLEVA CON JESÚS AL DESIERTO.

Ambientación.

Se recomienda organizar el encuentro en un salón despojado de imágenes, adornos, lo más austero posible; las sillas colocadas en círculo; al centro colocar una buena cantidad de arena. Si es posible colocar música apropiada para ayudar a la concentración.

Experiencia.

Se invita a los participantes a descalzarse, y dar algunos pasos sobre la arena, después tomando asiento nuevamente, con la música ambiental, se les invita a cerrar los ojos y repasar mentalmente experiencias personales de soledad, silencio, dificultad, incertidumbre.

Diálogo.

En binas, así como están en el lugar, se les invita a socializar la experiencia; y luego entre todos, construir la experiencia del desierto desde la experiencia y la imaginación.

Palabra de Dios.

Con un canto apropiado, conocido por ellos, a modo de antifona se prepara la proclamación de la Palabra de Dios, y alguno de ellos, previamente elegido, proclama el texto:

Lectura del santo evangelio según san Mateo 4, 1-11

En aquel tiempo, Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo.

Y después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, al fin sintió hambre.

El tentador se le acercó y le dijo:

-«Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes.»

Pero él le contestó, diciendo:

-«Está escrito: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios."»

Entonces el diablo lo lleva a la ciudad santa, lo pone en el alero del templo y le dice:

-«Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: «Encargaré a los ángeles que cuiden de ti, y te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras.»»

Jesús le dijo:

-«También está escrito: "No tentarás al Señor, tu Dios."»

Después el diablo lo lleva a una montaña altísima y, mostrándole los reinos del mundo y su gloria, le dijo:

-«Todo esto te daré, si te postras y me adoras.»

Entonces le dijo Jesús:

-«Vete, Satanás, porque está escrito: "Al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo darás culto."»

Entonces lo dejó el diablo, y se acercaron los ángeles y le servían.

Después de la proclamación, el animador, podrá “reconstruir” el texto motivando a la participación de todos, según han escuchado. Y una vez que se ha dado este primer paso se pueden tomar las siguientes preguntas como guía para llevar a la reflexión:

- ¿Por qué Jesús va al desierto?
- ¿Cómo entendemos las tentaciones de Jesús?
- ¿Qué nos llama la atención de sus respuestas al tentador?

Nosotros al iniciar la cuaresma, queremos que el Espíritu de Dios, nos ayude a vivir el desierto espiritual, intentemos comprender de que manera, estas tentaciones o tentaciones que Jesús experimenta también son conocidas para nosotros, tratemos de identificar y compartir de que manera sucede esto.

Mirando a nuestro alrededor.

Aquí presentamos un testimonio, los participantes ya han conocido la experiencia del desierto en ellos mismos, y lo que es más importante han contemplado a Jesús en el desierto; ahora les presentamos una experiencia diferente, es la historia de un inmigrante, la realidad en la que vive, la búsqueda de salida y el nuevo mundo al que llegó:

Ésta es la historia de Bertín Youmssi, que hace dos años y medio atravesó el estrecho de Gibraltar a nado para llegar a España. Que en junio aprobó con notas brillantes el acceso a la universidad; que en septiembre comenzará a estudiar Derecho en la UNED y que esta semana contó su testimonio a dos docenas de alumnos de los cursos de verano.

Bertín salió de casa por la noche, sin despedirse de nadie. No quería ver llorar a su madre. Tampoco iba a soportar una noche vieja más sin poder dar nada de comer a su hermana y a su hermano. Su país, Camerún no le ofrecía ninguna posibilidad de prosperar.

“En Camerún no hay medicinas. Si te pica un mosquito y coges el paludismo o unas fiebres tifoideas, te mueres. En las farmacias y en la calle te venden pastillas falsas. Tampoco hay posibilidad de estudiar. Muchos niños ni han ido ni irán jamás a la escuela. Y de la universidad para qué hablar, la pública cuesta unos 100 euros al mes. Ni con dos salarios íntegros consigue una familia convencional pagársela”.

Su viaje duró dos años. Anduvo con compañeros de todo tipo: unos ya habían saltado a Europa; otros nunca habían visto la luz eléctrica; los primeros les describían a los segundos los códigos de color de los semáforos.

"El camino se hace de noche, para que no te pille la policía y te obligue a volver. El objetivo: la frontera de Marruecos. Está en lo alto de una montaña. Llegas arriba, después de noches y noches de andar y de días durmiendo escondido. Abajo, en el valle, hay un tapiz de luz. Es Ceuta. Es Europa. Es el paraíso".

Pero entre el paraíso y la realidad hay una valla triple y electrificada. ¿Qué no se pueden poner puertas al hambre? Si. De aquí no se puede pasar. Sin papeles y sin dinero hay que andarse alerta para que no se vaya todo al garete. El momento mágico se puede repetir tantas noches como uno decida subir al monte y ver las luces desde la frontera.

"Al año de estar en Marruecos encontré a un amigo que volvía de Francia. Llevaba un móvil. Le pedí que se acercara a mi pueblo, que buscara a mi madre. Yo llamaría a su número unas semanas después, a una hora concertada. Él lo hizo por mi. Así supo mi madre que estaba vivo".

Bertín tardó dos años y medio en juntar los 1.300 euros que le pedían por pasar la frontera. Trabajó en lo que pudo. Ahorró cada céntimo. Y conoció a unos hombres que se ofrecían para cruzar a nado el Estrecho. Los porteadores se visten con trajes de neopreno. El ilegal se sujeta a su espalda. Como un gran galápago con una carga al hombro, se echan a la mar.

"Un amigo y yo nos decidimos a dar el salto. Esperamos varios días hasta que el mar estaba en calma. Era de noche, el agua estaba fría, todo era negro alrededor. Las olas inundan la boca, la nariz. Los ojos pican del salitre. Y, sí, tienes mucho miedo. Miedo a morir ahogado. Porque muchos como nosotros morimos así"

A la fuerza de la mar hay que sumar la pericia de los vigilantes de costa. La policía patrulla el Estrecho y evita que los sin papeles entren. Un riesgo que se diluye cuando la alternativa es perecer ahogado. Convertirse en una cifra, en un cuerpo que se encontrará hinchado y varado en cualquier playa o que jamás se encontrará.

"Desfallecía. Estaba a punto de perder el sentido. Vimos a la Policía española. Quería gritar, pero no debía. No podía poner en riesgo el paso de mi compañero. Ni descubrir a los que nos estaban llevando. Si lo haces y, por cualquier cosa has de volver a Marruecos, no lo habrán olvidado. Tendrás problemas. Pero la Policía nos pilló. En realidad, nos salvó"

Pasó tres meses en un centro de acogida en Ceuta. Hubo un juicio contra los porteadores. Tuvo que declarar. Pidió asilo político. Se lo denegaron. Contó su historia a quien le escuchó y escuchó las historias de sus compañeros. Cada vez que en el centro alguien preguntaba a alguien dónde querían ir, sonaba un único coro de voces: “¡pe-nin-su-la!”.

“A la hora de marchar me preguntaron hacia dónde quería ir. Pensé que en Navarra, que está tan al norte, se hablaría francés y allí me mandaron. Me dieron un billete y un papel en que ponía que tenía permiso de residencia durante 6 meses y me comprometía a volver a Camerún después. Cuando salí del autobús no sabía qué hacer. Me quedé el último para ver qué dirección tomaban los demás. Estaba aturdido. Todo lo que me rodeaba era nuevo. Me sentía perdido y tremendamente solo”.

Europa, la península, el paraíso, no resultó tan idílico como pensaba. Encontró compañeros de aventura que le ayudaron en sus primeros tiempos. Se fue de albergue en albergue y de casa de amigos en casa de amigos. Nadie hablaba francés en Navarra. Ni en Tafalla, ni en otros lugares que visitó. Y todos los que le recibieron le explicaron que la vida allí era muy dura.

“Salimos del pueblo pensando que en Europa le dan a uno dinero cuando lo necesita, 100, 200 euros, sin esfuerzo, porque sí. Que aquí todos son ricos. Que las mujeres se enamoran de ti. Que esto es una fiesta permanente para disfrutar con los amigos. Ningún africano deja a otro tirado. Nos ayudamos en lo que podemos, que casi nunca es mucho. Pero en Navarra todos estaban decepcionados del norte. Hablaban de Madrid como el sitio de las verdaderas oportunidades”.

Entre las razones que le llevaron a Madrid, una de las más poderosas fue la existencia de albergues donde dejan estar durante 6 meses seguidos. En ese tiempo le da tiempo a uno a planificar su vida, a estabilizarse en un trabajo, a formar un grupo de amigos.

“No me pongo metas. La vida te va llevando hacia lo mejor o hacia lo peor. He visto hombres fuertes e inteligentes perder la cabeza por no poder adaptarse a esta nueva sociedad. Yo tuve la suerte de superar el shock. No soy muy amigo de pensar a largo plazo. Estoy acostumbrado a improvisar y tomar la mejor de las opciones que se me presentan. Y en los dos años que llevo en Madrid he conseguido lo mejor de muchas cosas. Mucha gente me cuida. Estoy obligado a hacer lo mismo”.

Experto en música africana, tiene un grupo de amigos con los que va a conciertos y que le han permitido integrarse. Gracias a gente como ellos empezó a estudiar. De fuertes convicciones religiosas, cristiano y buena gente, dedica parte de su tiempo a ayudar a personas que, como él han llegado a Europa sin papeles. Y se siente satisfecho por ello.

“Puedo enviar cada mes 50 euros a mi madre. Se ha comprado un móvil y hablo con ella cuando quiero. Sé que mis hermanos puede comer a diario. Allí esta es una situación privilegiada. Mis vecinos creen que soy afortunado. Por eso, si ellos quieren venir yo podría decirles que esto es muy duro, pero no me creerían. Si vienen, he de ayudarles”.

Han pasado 5 años desde que salió de Camerún. El viaje de Bertín aún no ha terminado. Aprobó con notas brillantes su acceso a la universidad para mayores de 25 años. Sus puntos fuertes son el francés, como idioma extranjero, las matemáticas y el derecho. La lengua es su “coco”, pero la va llevando cada vez mejor. El curso que viene empezará Derecho.

“Los que estudian en Europa y vuelven a Camerún obtienen buenos puestos de trabajo en la Administración. Pueden hacer mucho por nuestro país. Yo voy a intentarlo”. Cada paso de su camino, parece acercarle al éxito. Pero al pensar en el regreso, una sombra de miedo empaña su mirada: “la esperanza de vida en mi país es de 35 años. Yo tengo 32. A la vuelta, ¿cuántos de mis amigos habrán muerto?”.

Conversatorio

Después de leer esta historia, se puede recurrir a las siguientes preguntas como motivación para el diálogo:

- ¿Qué experiencias de “desierto” hay en la vida del protagonista?
- ¿Cuáles son sus tentaciones durante su permanencia en su país de origen, y cuáles sus miedos e incertidumbres?
- ¿Cuáles son sus tentaciones durante la travesía y como las supera?
- ¿Cómo le resulta el “nuevo mundo” que encuentra? ¿Cuáles son experiencias allí?
- ¿Cuáles son nuevas tentaciones, miedos, incertidumbres?

Personalización.

- ¿Qué suscita en cada uno, la experiencia del relato?
- ¿Conocemos, a nuestro alrededor, experiencias similares? De desarraigo, soledad, angustia, pobreza...

Oración y Servicio.

Proponemos como grupo, ir al encuentro (organizar entre todos) de personas que estén en soledad, ancianos, extranjeros, pobres, adictos; acercarse a ellos para vivir la amistad con ellos, llevar algo de vida a su desierto y dejar que ellos llenen de vida nuestro desierto... y después de esta experiencia, encontrarse solo para orar como grupo a partir de la experiencia vivida, y dejar que quede latente la pregunta: ¿cómo continuar esta amistad que iniciamos?

